

# LA PRIMERA EDAD.

## SUMARIO.

La Cenicienta.—El niño desaseado.—El buen compañero.—El niño bien educado.—El niño mal educado.—El niño que quiere á sus padres.—El niño que no quiere á sus padres.—El niño que atiende al maestro.—El niño que no atiende al maestro.—El niño perezoso.—El niño trabajador.—El niño bueno.—El niño que no es bueno.—El niño aseado.—Ricardo y Matilde.—El Peregrino.—Las langostas y el diamante.—Sisif.—Los animales, el buey y la vaca.—Los niños desobedientes.—Modas.—Explicacion del figurin iluminado.—Anuncios.

## LA CENICIENTA.

Hubo en cierta ocasion un caballero que se casó en segundas nupcias con una mujer la más orgullosa y mal humorada que hubo en el mundo. Esta mujer era viuda y tenía dos hijas, que en figura y carácter se le parecían como una gota de agua á otra. El caballero por su parte tenía asimismo una hija de su primer matrimonio, pero tan afable y buena como un ángel.

Apénas acabaron de celebrarse las bodas, la madrastra comenzó á descargar su mal humor sobre la pobre niña, á la cual no podía sufrir porque las buenas cualidades que en ella resaltaban ponían más de relieve los defectos de sus hijas.

A fin de mortificarla, la encargaba de las más fatigosas y groseras faenas de la casa. Ella fregaba

las maderas y los platos, barria los suelos y quitaba el polvo de las habitaciones de su señora madrastra y de sus hijas, á quienes se veía obligada á llamar señoritas.

La pobre niña lo llevaba todo con paciencia, no atreviéndose á decirle nada á su padre, que dominado por aquella mala mujer hubiera aumentado su aflicción riñéndola. En los ratos en que podía descansar un momento, se marchaba á sentarse sobre las cenizas en un rincón del hogar, por lo cual sus hermanas solían llamarla comúnmente *Cenicienta*. Sin embargo, Cenicienta con sus vestidos pobres y rotos estaba cien veces más bonita que sus hermanas, que llevaban trajes magníficos.

Sucedió que el hijo de un rey dió un baile, al cual fueron invitadas todas las personas de algun rango. Nuestras dos señoritas recibieron sus correspondientes esquelas de convite, pues merced á su

Julio, 1873.—Núm. 6.



nacimiento y su ostentacion figuraban mucho en el país.

El día del baile toda la casa andaba revuelta, no pensando las señoritas más que en discutir qué traje se pondrían y qué adornos les sentarian mejor. En tanto la pobre Cenicienta no paraba un momento, pues tenía que repasar la ropa de sus hermanas y plancharles las mangas y los cuellos de encaje.

La conversacion seguia siempre sobre el mismo asunto: cómo se vestirían.

—Yo, dijo la mayor, me pondré mi traje de terciopelo encarnado con guarnicion de encajes de Inglaterra.

—Pues yo, dijo la más chica, llevaré el vestido de siempre; pero en cambio me pondré el manto con flores de oro y una diadema de brillantes.

Sobre la marcha enviaron á llamar á la mejor peinadora para que las rizase el pelo, y compraron blanquete y lunares postizos, preguntándole á la Cenicienta, que tenía fama de buen gusto, cuál era su opinion. Cenicienta las dió los mejores consejos y hasta se ofreció á vestirlas y peinarlas, ofrecimiento que aceptaron con gusto.

Mientras las peinaba le dijeron en son de burla.

—Cenicienta, ¿te gustaria á tí ir al baile?

—¡Ay, señoritas, respondió ella, os burlais de mí! ¿Qué papel haria yo en el palacio?

—Dices bien: ya sería buen motivo de risa ver en el baile á una Cenicienta.

Otra persona en el lugar de la Cenicienta las hubiera peinado lo peor posible; pero ella era muy buena y las peinó lo mejor que pudo. Tan alegres estaban las dos hermanas, que hasta se olvidaron de comer, y el día se pasó en probarse esta cosa y la otra, arreglar los corsés, que se rompieron seis ó siete veces á fuerza de tirar para apretarse el talle, y dar vueltas delante de los espejos.

Por fin sonó la deseada hora y partieron. Cenicienta las siguió con los ojos todo el tiempo que pudo, y cuando las perdió de vista fué á sentarse, llorando entre las cenizas del hogar.

Su madrina, que la vió tan apurada, la preguntó qué tenía.

—Yo quisiera..... contestó la pobre niña pujando, yo quisiera.....

Y de tal modo la apretaron los sollozos la garganta, que no pudo continuar.

Su madrina, que era una hada, le dijo:



—Vamos, no llores. Ya sé yo lo que tú quisieras. Tú quisieras ir al baile.

—Sí, señora, dijo Cenicienta suspirando.

—Pues bien, si me prometes que serás buena, añadió su madrina, yo te llevaré.

Dicho esto, la condujo á su cuarto y prosiguió así:

—Vé al jardín y tráeme una nuez.

Cenicienta fué al jardín, cogió la nuez más grande y más hermosa y se la dió á su madrina, aunque sin poder adivinar cómo aquella nuez podía contribuir á que fuese al baile.

Su madrina la partió, tiró media, y de la otra media conservó sólo la cáscara. Hecha esta operacion, la tocó con su varita y la nuez se convirtió en una magnífica carroza toda dorada.

Enseguida fué á mirar á la ratonera, en la que encontró hasta seis ratones vivos.

Dijo á la Cenicienta que levantara un poco la trampa de la ratonera, y á cada raton que salia le daba un golpe con la varita, y el raton se convertia al instante en un hermoso caballo, de modo que en pocos momentos se formó un hermoso tiro de seis caballos grises que daba gloria verlos.

Buscando la hada de qué hacer un cochero, y no encontrando nada á mano á propósito, Cenicienta la dijo:

—Voy á ver si en la trampa de las ratas ha caido alguna, y harémos un cochero de ella.

—Tienes razon, dijo su madrina, vé á ver.

Cenicienta trajo la trampa, y dentro de ella habia tres ratas muy grandes.

La hada cogió la que tenía más bigotes y era más gorda, y tocándola con la varilla quedó convertida en un cochero grave y molettudo, digno de la carroza de un emperador.

Enseguida dijo:

—Vé al jardín á ver si detras del estanque encuentras seis lagartijas, y si las encuentras tráemelas.

Y así que la niña trajo las lagartijas, su madrina las trasformó en seis lacayos vestidos con sus grandes casacas galoneadas, los cuales subieron á la trasera del coche, manteniéndose en ella tan firmes y derechos como si allí hubieran nacido.

La hada dijo entónces á la Cenicienta:

—Ya tienes coche para ir al baile. ¿Deseas algo más?



—Ya tengo coche para ir al baile; pero ¿cómo voy con este vestido tan malo?

La madrina no tuvo más que tocarle con la varilla y sus harapos se convirtieron en un magnífico

Al disponerse á subir á la carroza, su madrina la recomendó sobre todo que se volviese ántes de la media noche, porque si se quedaba en el baile un minuto más, la carroza se convertiría en cáscara



traje de brocado de oro y plata, todo lleno de labores y piedras preciosas. Ya vestida, la hada le dió un par de zapatitos de vidrio tan preciosos, como ella no habia visto en su vida otros semejantes.

de nuez, los caballos en ratones, los lacayos en lagartijas y su traje de tela de oro en harapos sucios y feos.

Cenicienta prometió á su madrina que tendria cuidado de salirse



del baile ántes de media noche, y se marchó no cabiendo en sí de gozo.

El hijo del rey, á quien fueron á decir que acababa de llegar una gran princesa que nadie conocia, salió á su encuentro, le dió la mano para bajar de la carroza y la condujo al salon donde se encontraban los convidados.

Al entrar cesaron todas las conversaciones y enmudecieron las flautas y violines. Tan grande impresion produjo en la reunion la hermosura y la elegancia de la desconocida.

De un extremo á otro no se oian más que estas exclamaciones:

— ¡Qué hermosa es! ¡Qué bien vestida está!

El hijo del rey la llevó de la mano á uno de los mejores asientos, y despues la sacó la primera á bailar. Bailaba con tanta gracia y distincion, que fué el asombro de los circunstantes.

Despues que bailó sirvieron una gran cena de la cual apénas probó bocado el príncipe, entretenido en admirarla.

Luégo que se levantó de la mesa fué á sentarse al lado de sus hermanas, á las que llenó de atenciones, haciéndolas mil cumplidos y regalándolas limones y naranjas

de los que le habia dado el príncipe. Las hermanas estaban muy satisfechas, porque no la conocian.

Miéntas hablaban de mil cosas diferentes, Cenicienta oyó las doce ménos cuarto, y levantándose hizo una gran reverencia á la reunion y se fué todo lo más pronto que pudo.

Así que llegó á su casa fué á ver á su madrina, y la dió las gracias diciéndola que de buena gana iria el dia siguiente al baile, porque el príncipe se lo haba rogado con mucho empeño. Entretenida estaba aún contándole á su madrina lo que habia pasado en el baile, cuando las dos hermanas llamaron á la puerta, y Cenicienta salió á abrirlas.

— ¡Cuánto habeis tardado! las dijo, frotándose los ojos y desperezándose, como si en aquel momento se acabára de despertar.

— Si hubieras venido al baile, le dijo una de las hermanas, de seguro que no te hubieras aburrido: figúrate que ha asistido á él la princesa más hermosa del mundo, la cual nos ha hecho muchos cumplidos y nos ha regalado naranjas y limones.

La Cenicienta gozaba oyendo esto, y las preguntó el nombre de la princesa, pero ellas la dijeron



que nadie la conocia, de lo cual el hijo del rey se mostraba tan pesadoso que daría cualquier cosa por saber quién era.

Cenicienta se sonrió y les dijo :

— ¡Con que, tan bonita es! ¡Ay, Dios, qué felices sois vosotras! ¡Que no pudiera yo verla tambien! ¡Ay, señoritas! ¿Por qué no me prestais uno de vuestros vestidos de diario?

— Ni que estuviéramos locas, le respondieron. ¡Prestar nuestros vestidos á una puerca cenizosa como tú!

Cenicienta esperaba esta negativa y se alegró que así fuese, porque si hubiesen consentido en prestarle el vestido se hubiera visto muy apurada.

Al día siguiente las dos hermanas fueron al baile, y tambien fué la Cenicienta más adornada y elegante que la primera vez.

El hijo del rey estuvo toda la noche á su lado diciéndole cosas tiernas y agradables, y hasta tal punto se encontraba distraida y á su gusto, que se acordó del encargo de la hada en el mismo momento que sonó la primera campanada de las doce. Entónces se levantó de prisa y corriendo, y desapareció de la vista de los circunstantes ligera como una corza,

El príncipe la siguió; pero no pudo alcanzarla.

En su fuga la desconocida princesa dejó caer un zapatito de vidrio, que el hijo del rey levantó del suelo y guardó como se guarda una reliquia.

Cenicienta llegó á su casa sofocada, sin carroza, sin lacayos y con su traje sucio y roto, no quedándole de toda su pasada magnificencia más que el zapatito semejante al que habia dejado caer.

Preguntaron á los guardias de la puerta del palacio si habian visto salir á una princesa, y ellos dijeron que no habian visto salir más que á una muchacha muy mal vestida, y que más bien tenía aire de paleta que de señora.

Cuando las dos hermanas salieron del baile, Cenicienta les preguntó si se habian divertido mucho, y si habia vuelto la princesa.

Le dijeron que sí, pero que se habia escapado, en cuanto llegó la media noche, con tanta precipitacion, que dejó caer uno de sus preciosos zapatitos de vidrio, que el hijo del rey se lo habia encontrado, y que seguramente estaba muy enamorado de la hermosa princesa á quien pertenecía; pues en toda la noche no habia quitado de él los ojos.



Y así era en efecto, pues á los pocos dias el hijo del rey mandó publicar un bando al són de trom-

Comenzaron por probárselo á las princesas, en seguida á las duquesas, y despues á todas las da-



petas y timbales, diciendo que se casaria con la mujer en cuyo pié entrára justo el zapatito de vidrio.

mas de la córte; pero inútilmente

Por último, lo trajeron á casa de las dos hermanas, que hicieron esfuerzos desesperados, pero sin éxi-



to, para ver si se lo calzaban. Cenicienta, que estaba presente y que reconoció su zapatito, dijo con aire risueño:

—¿A ver si me está bien á mi?

Las dos hermanas comenzaron á reir á carcajadas y á hacerle burla.

El gentil-hombre, encargado de probar el zapatito á las damas se fijó en la Cenicienta, y pareciéndole, como lo era en efecto, muy bonita, dijo que creía justo se lo probase, pues él tenía orden de que probaran á ponérselo todas las muchachas.

Hizo, pues, que se sentase la Cenicienta, y aproximando el zapatito al pié, vió que entraba con tal facilidad, á pesar de ser justo el tamaño, como si lo hubiesen hecho de cera sobre aquel molde.

Las dos hermanas se quedaron suspensas; pero fué mayor su asombro cuando vieron que la Cenicienta sacaba de un bolsillo el zapatito compañero, y se lo ponía en el otro pié.

En aquel instante llegó la madrina, y tocando con la varita el vestido de la Cenicienta lo hizo aparecer más elegante y suntuoso que los anteriores.

Entónces las dos hermanas reconocieron en ella á la hermosa

jóven que habian visto en el baile, y se arrojaron á sus piés para pedirle perdon de los malos tratamientos que la habian hecho sufrir,

Cenicienta las hizo levantar del suelo, las abrazó y les dijo que las perdonaba con tal que la quisieran mucho.

Desde allí, adornada como estaba, la llevaron á presencia del hijo del rey, que la encontró más hermosa que nunca, y á los pocos dias se casó con ella.

Cenicienta, que era tan buena como hermosa, se llevó á sus dos hermanas al palacio, y aquel mismo dia las casó con dos grandes señores de la corte.

La virtud, aunque humilde,  
Es al cabo apreciada,  
Como la violeta que escondida  
Los aires embalsama.

En nuestros dias, en que no hay encantos  
Los verdaderos dones de las hadas  
Son, en lugar de joyas y vestidos,  
La modestia y la gracia.

#### EL NIÑO DESASEADO.

Veamos, hijos míos, si teneis las manos bien limpiás, dice el maestro celoso del bien de sus discípulos.

¿Os habeis lavado la cara ántes de venir á la escuela?

¿Os habeis peinado?



Ya sabéis que á mí me gustan los niños aseaditos.

Acabo de enviar á Arturo á su casa porque no es limpio.

Y lo mismo lo haré con todos los que vengan con la cara, las manos ó el traje sucio.

No quiero que os pongais enfermos, y si no os lavais, os peinais y cuidais vuestros vestidos y calzado, lo estaréis bien pronto.

Mirad á Arturo que vuelve ya limpio. Ahora es buen muchacho.

#### EL BUEN COMPAÑERO.

¿Por qué Federico es amado por todos los niños de su edad?

Porque es buen compañero.

Nunca se incomoda con sus discípulos, ni jamas se burla de ellos.

No es acusan, y no le gusta que castiguen á los demas.

Al contrario, hace todo lo posible por excusarlos con el maestro.

Un dia le acusaron de haber ensuciado las paredes de la clase: no era verdad.

Federico sabia quién habia sido, pero se contentó con decir que no era él.

Pero creian haber visto que era él, y el maestro iba á castigarle severamente.

Y entónces el verdadero culpable confesó su falta.

El maestro le perdonó en gracia de su franqueza, y elogió á Federico porque habia obrado de aquel modo.

Es menester ser buen compañero.

#### EL NIÑO BIEN EDUCADO.

El otro dia estaba yo pascándome, cuando vi á Adolfo, uno de mis compañeros, quitarse con política su sombrero al pasar por junto á un señor de edad.

—Muy bien, dije yo para mí, veo que Adolfo ha seguido las lecciones que le he dado. Veamos si hace lo mismo con esa señora que va á pasar por su lado.

Entónces tuve el placer de verle quitarse de nuevo el sombrero.

Es menester imitarle, hijos míos, porque no hay nada que más guste que un niño bien educado.

Descubríos siempre delante de las personas de más edad.

Si os dan alguna cosa, no deis nunca de decir: «Gracias, caballero», ó «gracias, señora.»

Cuando pidais un libro ó cualquiera otra cosa, no deis nunca de decir: «¿Me haceis el favor?....»

La finura es el signo de la buena educacion, y todos los niños debéis desear pasar por niños bien educados.

#### EL NIÑO MAL EDUCADO.

El otro dia se encontró Mauricio al señor cura, y no le saludó.

Esta es una falta de finura y le he reprendido y castigado.

Y no es sólo con el señor cura



con quien es impolítico, sino con todos.

Cuando se le da alguna cosa, nunca dice: «Si señora, ó sí señor.»

Todos le miran como un niño mal educado, y aunque tiene buen corazon, nadie le quiere.

Y todo consiste, hijos mios, en que no hay nada tan desagradable como la poca finura.

Sed, pues, finos y bien educados, y en todas partes os recibirán con gusto.

Si no, en ninguna parte os querán.

#### EL NIÑO QUE QUIERE Á SUS PADRES.

Habia hace tiempo un matrimonio que no tenía más que un hijo llamado Luis.

Este era muy inteligente, muy laborioso y muy obediente, y sus padres hicieron grandes sacrificios para darle una buena educacion.

Luis aprovechó muy bien todos sus estudios y ganó mucho dinero.

Amaba tiernamente á sus padres, que eran ya viejos y no podían trabajar, y les daba todo lo que necesitaban para vivir dichosos y tranquilos.

Dios recompensó á aquel buen hijo, dándole una gran fortuna.

Se casó y tuvo hijos que le quisieron lo mismo que él habia querido á sus padres.

Dios bendiga á los buenos hijos.

#### EL NIÑO QUE NO QUIERE Á SUS PADRES.

En la misma vecindad que Luis, vivia una honrada familia, que, lo mismo que la suya, no tenían más que un hijo llamado Marcelo.

Eran pobres, pero á pesar de eso, consiguieron á fuerza de privaciones darle alguna instruccion.

Marcelo llegó á ser muy rico.

Su deber era haber socorrido á sus padres, pero tenía mal corazon y no lo hizo.

En lugar de ayudarlos, no queria ni verlos, porque decia que iban mal vestidos, y murieron en la indigencia maldiciendo á su hijo.

Dios castigó á Marcelo.

Perdió todo lo que tenía, y sus hijos, que eran ricos, pero que tenían mal corazon, como su padre, rehusaron socorrerle.

Este fué el justo castigo de lo que habia hecho.

#### EL NIÑO QUE ATIENDE AL MAESTRO.

Ya sabeis, queridos niños, que al colegio se va para llegar á ser niños instruidos y bien educados.

Pero para esto es menester escuchar lo que dice el maestro.

Vicente es el primero de la escuela, porque ha escuchado siempre con gran atencion la explicacion del maestro; sino no hubiera aprendido nada.

Con el tiempo esto le hará ganar más fácilmente su vida.



Si no es rico, será, sin embargo, más feliz que un ignorante, porque éste será desgraciado, porque no sabe nada.

Imitad, pues, hijos míos, á Vicente. ¿Estaréis siempre atentos, no es verdad?

#### EL NIÑO QUE NO ATIENDE AL MAESTRO.

¡Qué feo es no escuchar lo que dice el maestro!

Todos los días se fatiga diciendo la misma cosa, y Eduardo no pone atención á lo que dice.

De este modo á los diez años sabía ménos que los chicos de siete.

¿Puede ser esto agradable para vosotros ni para vuestros padres?

Creedme, hijos míos, no imiteis á Eduardo, que jamas pone atención cuando va á la escuela.

Hoy dia tampoco pone atención en el oficio que aprende.

Nadie le quiere, y siempre será desgraciado.

#### EL NIÑO PEREZOSO.

No conozco peor defecto que la pereza.

Todos en la tierra tenemos la misión de trabajar.

El que no hace nada es, por lo tanto, muy culpable.

Pues bien, Augusto tiene ese des-

graciado defecto, el cual le ha atraído muchos castigos.

En casa no quiere hacer nada, y en el colegio le pasa lo mismo.

Nunca cumple con su deber, y en lugar de estudiar se entretiene en ver volar las moscas.

Así es que no aprende nada, y cuando sea grande nadie le querrá.

No podrá ganarse su sustento, y quizás tenga que hacerse ladrón.

No seais nunca perezosos, hijos míos, que es lo peor que hay que ser.

#### EL NIÑO TRABAJADOR.

Félix no es perezoso. ¡Qué diferencia entre él y Augusto!

Tan perezoso como es el uno, tan trabajador como es el otro.

Siempre está ocupado en hacer alguna cosa útil.

Se levanta temprano, reza, y se pone á ayudar á su madre.

No es muy fuerte, pero esto no le impide trabajar; hace lo que puede.

En el invierno barre la casa.

En el verano lleva las cabritas al campo, ó arranca la hierba del jardín.

En el colegio no se entretiene en ver volar las moscas, sino en estudiar.

Sus adelantos son muy rápidos, y ya sabe leer y escribir.

Su maestro está muy contento con él, y todos le quieren.

¿No es mejor imitar al laborioso Félix que al perezoso Augusto?



Ciertamente, y espero que Félix os servirá de modelo.

---

EL NIÑO BUENO.

---

Yo tengo dos sobrinos que se llaman Alberto y Fernando.

Alberto es el mayor, y es el niño más precioso que he conocido.

En su casa sus padres están muy contentos de su obediencia y de su dulzura.

En el colegio sus maestros no cesan de hacer elogios de su conducta, de lo trabajador que es, y de los progresos que hace.

Nunca se pone á jugar estando en clase, y no es chismoso ni charlatan.

Así es que su padre le quiere mucho.

De seguro que premiarán su aplicación en la próxima distribución de premios.

El otro día cuando fué el señor cura á la escuela le regaló un libro muy bonito, porque sabía que era muy bueno.

Hé aquí, queridos niños, un buen modelo que seguir. Todos, si quereis, podeis ser tan buenos como Alberto, y así todos os querrán.

---

EL NIÑO QUE NO ES BUENO.

---

Fernando, mi segundo sobrino, no se parece á Alberto.

Es muy revoltoso, y en el colegio sus maestros están muy descontentos de su trabajo y de su conducta.

No hace caso del estudio, siempre se está riendo, y no hace más que hácer gestos á sus vecinos para impedirles que trabajen.

¿Y qué es lo que consigue con esto? Estar siempre castigado.

Sus compañeros no le querían, y el señor cura, en vez de darle un libro como á su hermano Alberto, le riñe delante de todo el mundo.

Hé aquí lo que se gana con no ser bueno.

---

EL NIÑO ASEADO.

---

Da gusto ver á Fernando; en vez de castigarle y de reñirle porque no sea aseado, hay que prodigarle sin cesar elogios, por lo limpio y lo arreglado que está siempre.

Siempre lleva limpias las manos y la cara, y perfectamente peinado su cabello.

Su traje y su calzado nunca tienen la más pequeña mancha.

Hace tiempo que aprendió á escribir, y nunca lleva los dedos manchados de tinta.

Por eso le suelo dar alguna estampita.

Todos los que sean limpios y cuidadosos durante toda la semana, recibirán el sábado una estampita en premio de su cuidado.





### RICARDO Y MATILDE.

En una humilde aldea de la Alcarria vivia un matrimonio bastante feliz, porque á su situacion desahogada y acendradas virtudes reunian la incomparable dicha de tener dos hijos modelos de obediencia y de cariño á sus padres.

El niño cumplia seis años el 7 de

Febrero, y cinco la niña el 14 de Marzo; ambos se criaban robustos, sanos, alegres, juguetones, como generalmente acontece á los que disfrutan de la vida del campo, en contraposicion á lo que observamos con los niños que habitan en las grandes poblaciones, cuyo des-



arrollo es lento, y no pocas veces los vemos enfermizos, débiles y raquíticos.

Ricardo y Matilde representaban á la verdad dos años más de los que respectivamente tenían, y su desarrollo intelectual iba al nivel de su desarrollo físico.

Sus padres, que hasta entónces no habian pensado en el porvenir, comenzaban á preocuparse por los escasos medios que en el pueblo tenían para darles una educacion brillante. Hasta aquí habíanse distribuido é impuesto cada cual la tarea de irlos instruyendo, sin fatigar su inmadura inteligencia, en las nociones más precisas, que habian de servir de base á la esmerada enseñanza que se proponian darles.

El padre todas las mañanas, despues del desayuno, los instruía en la lectura y la escritura, y Ricardo ya sacaba algunas cuentas, y conocía las cuatro reglas elementales de la aritmética, y algo de la gramática castellana, particularmente la ortografía, de que era muy cuidadoso en sus planas. La madre despues les daba lecciones de doctrina cristiana, les hacia rezar, dejándoles unas horas de recreo, ocupaba á Matilde por las tardes en hacer dobladillos y un dechado.

Ricardo tenía gran aficion á la música; pero como sus padres no conocian tan bello arte, pensaron en que el organista del pueblo le diera lecciones de solfeo. Éste se prestó gustoso á dedicar una hora

ú hora y media por la noche, puesto que las del invierno se hacen tan largas, y mucho más en la aldea, y con esto dejó satisfecho el deseo de aquella honrada familia.

La disposicion especial, el genio músico de Ricardo, hizo que en pocas semanas superase las esperanzas de su profesor, y que éste propusiera dedicarle á un instrumento, que por de pronto fué el piano.

Gozoso estaba Ricardo el día que de Madrid le recibieron, y la intrépida Matilde, sacudiendo con fuerza las teclas, dió ocasion más de una vez en aquel día á la reprension de sus padres y al enojo de su hermanito. Pero como no hay dicha que mucho dure en este valle de lágrimas, al día siguiente recibieron la mala nueva de la muerte de una hermana viuda, que dejaba dos hijos de menor edad en la mayor indigencia, lo cual vino á cambiar por completo la paz y la alegría de aquella casa.

Eran tambien niña y niño, ésta de diez años y aquél de catorce, antítesis por cierto hasta en los nombres de los protagonistas de nuestra historia: llamábanse Bernardo y Anselma.

Lo primero que acordó aquella piadosa familia fué traerse á los dos huérfanos para cuidarlos y educarlos á la par que á sus hijos. ¡Inspiracion laudable y digna de todo elogio, pero que no por eso dejó de serles funesta!

Aquellos niños estaban, como vulgarmente se dice, mal criados: se quedaron sin padre, y la madre,



un tanto descuidada, les dejó salirse siempre con sus caprichos; de modo que eran tercos, coléricos, desobedientes y hasta envidiosos.

Cuanto más se les excitaba á imitar el ejemplo de sus primos, que si intentaban la más leve travesura una simple mirada severa bastaba á que desistieran, más odio y repulsion sentian hácia ellos.

Una tarde que fueron todos á las viñas, la taimada Anselma hizo comer uvas tintas con tal abundancia á la inocente Matilde, dándole despues un jarro de leche, que la infeliz sucumbió á los dos dias de un cólico cerrado, que llenó de amargura á sus padres.

Pocos dias despues Ricardo y su primo jugaban por la huerta, y Bernardo, que siempre estaba en quimeras con aquél, le propuso cogieran un nido del borde del tejado: al efecto colocaron una escalera de mano, á la que subió Ricardo, asegurándole el otro lo hiciese sin cuidado, no obstante la pendiente del terreno, porque él la sujetaria; y cuando más engolfado estaba en sacar los pajaritos, soltó Bernardo la escalera y prorumpió en risotadas al ver caer á su primo, que se fracturó una pierna y se hirió en la frente.

Tales son las consecuencias de la envidia y de las malas inclinaciones de los niños, que acibaran la dicha de los padres, y que debereis evitar, imitando la humildad de Ricardo y Matilde, y viendo con horror los malos instintos de Bernardo y Anselma, á los cuales

sus compasivos tios se vieron precisados á llevar á un establecimiento de beneficencia, donde sin compasion los castigáran y los corrigieran.

M. J. PASCUAL.

## EL PEREGRINO.

Algo distante de una aldea habia una pequeña casita habitada solamente por una respetable anciana y una niña, nieta suya, llamada María.

Esta, á pesar de sus pocos años, era generalmente la encargada del aseo y limpieza de la casa y los poquitos trastos que en ella tenian, para evitar á su abuela toda clase de molestias.

Una tarde, despues de terminar sus quehaceres, ansiosa de disfrutar de las maravillas de la Naturaleza, salió á contemplar la belleza que prestan á los prados los últimos rayos del sol.

— ¡Qué cuadro más sorprendente! exclamó, ¡oh Dios mio! ¿Quién podrá dudar un punto de vuestra gran omnipotencia y poder infinito? ¿Quién habrá que cual yo no os adore y admire en todas vuestras obras? ¿Quién que no implore vuestra misericordia y gracia en cuanto obre y piense? Yo os alabo, Señor, yo os bendeciré mientras viva.

Al terminar esta pequeña oracion oye un suspiro cerca de sí, se estremece, vuelve la cabeza, y ve



un anciano con traje de peregrino sentado junto á unos matorrales, y tendiendo la mano en actitud suplicante.

Repuesta algun tanto María de su primera turbacion se aproxima al anciano y le pregunta, ¿qué

que no me desayunó, y esto me tiene débil hasta el extremo de no poder ni aún hablar.

— Dejad, buen anciano, dijo María con las lagrimas en los ojos, voy á contar á mi abuelita cuanto me habeis dicho, y poco es lo que



Núm. 1.

1

2

hace allí al parecer tan abatido.

— Soy, la dice, un infeliz á quien arrojaron de su patria, y hoy vuelvo á ella para recibir quizá un terrible castigo; pero estoy enfermo, y quiero morir en la tierra donde vi la luz primera. Hace dos dias

tenemos; pero todo será para vos. Venid, apoyaos en mí, yo os conduciré á nuestra vivienda, y en ella hallaréis el alimento y reposo que tanto necesitáis.

Dichas estas palabras ayudó al anciano á levantarse, le agarró de





Ad. Goubaud & Fils Edit. Paris 44

# LA PRIMERA EDAD \_ NINEZ ILUSTRADA

MADRID \_ *Administracion de los Niños.*





a ma  
a su  
buen

la  
par  
A  
se



a mano y le condujo donde estaba su morada, en ocasion que su abuela, alarmada por su tardanza,

en breves palabras le contó María lo ocurrido.

Apénas Marta, que así se llama-



Núm. 2.

1 2 3 4 5 6 7 8

la buscaba impaciente por todas partes.

Al verla llegar con el peregrino se admiró, y mucho más cuando

ba la abuela, oyó aquella relacion ayudó al anciano á penetrar en su humilde estancia, le obsequió con las pocas pero aseadas provisio-



nes que en ella tenía, y despues le obligó á reposar algun tiempo hasta que le vió fortalecido.

Una vez ya repuesto de su fatiga el anciano se empeñó en continuar aquella noche su marcha.

Se despidió con la mayor gratitud de sus bienhechoras, y al partir dijo á María: «Nunca olvidaré, hermosa niña, lo que has hecho por mí. ¡Quién sabe si algun dia te lo podré recompensar!»

Ya habian pasado algunos meses desde la marcha del peregrino, y la pobre Marta habia enfermado de una manera notable, destrozándola el cecazon la triste idea de la suerte que á su nieta le estaria deparada en el mundo el dia que ella dejára de existir.

María, por su parte, lloraba amargamente cuando su abuela no podia verla, y rogaba á la Virgen con el mayor fervor viniera en su auxilio, devolviendo á su abuelita la salud que tanto necesitaba.

Una tarde en que ambas se hallaban abatidas por el pesar, las sacó de pronto de su abstraccion el ruido de un carruaje y algunos jinetes que, á no dudar, se acercaban á la casa.

María se aproximó á la puerta, sobrecogida, y la anciana se levantó temblorosa sin saber qué pensar; pues en tantos años como habitaba allí no recordaba haber oido nunca carruaje alguno acercarse á su morada.

En aquel momento llegó la comitiva, y uno de los jinetes, al parecer el Jefe, se bajó del caba-

llo, y llegándose á la anciana con el mayor respeto, le dijo: «No tembleis, buena Marta, y tú, hermosa María, ven acá. No venimos á causaros mal alguno, y sí sólo á recompensaros en nombre del Rey por una accion que hace algunos meses hicisteis con un hijo suyo.»

— Señor, exclamó Marta, nosotras no hemos podido hacer nada por S. A., pues nunca hemos tenido el honor de que llegára hasta aquí ni él ni caballero alguno de la córte. No es á nosotras, humildes servidoras, á quien S. M. querrá recompensar, ni yo nunca podria admitir una cosa que por ningun concepto me corresponde.

Entónces el noble acercándose aún más á Marta, la dijo: — ¡Recordais, noble anciana, un dia en que guarecisteis bajo vuestro techo á un infeliz peregrino á quien generosamente disteis vuestros alimentos, careciendo quizás de ellos vos y vuestra bondadosa nieta?

— Y bien, señor, aquel peregrino.....

— Aquel peregrino era yo. Yo, que hacia algun tiempo habia abandonado mi patria oculto bajo aquel tosco sayal, disfrazado con mi luenga barba, y que despues de largos y penosos sufrimientos volvía á mis lares arrepentido de mis yerros á implorar el perdon de mis faltas.

— Al llegar á este sitio me encontraba sin alientos para proseguir mi viaje, muerto de necesidad y sin medios para alimentarme. Vosotras os compadecisteis de



mi, me favorecisteis, y cuando despues de algunos dias alcanzaba el perdon del Rey mi padre, mi

pasar vuestros dias, y donde tengais riquezas que repartir entre los necesitados.



Núm. 3.

1

2

3

primera súplica fué para vosotras, y él me envia para conduciros á un magnífico palacio donde podais

— Señor, repuso Marta con la voz alterada por su turbacion, nada hicimos que merezca recompen-



sa, y nunca podremos admitir una dádiva de tal valor.

— Pues bien, si rehusais, pidiéndoos que la acepteis, os diré que traigo orden expresa de conducirlos allí, y creo que la acataréis; además, os veo enferma, y allí tendréis médicos que velen por vuestra salud; no os perteneceis á vos sola, debeis vivir tambien para vuestra nieta, y para hacer bien á muchos desgraciados que os esperan con ansia.

Dichas estas palabras las obligó á tomar lo que en la casa tenían de más estima, y con el mayor cariño las ayudó á subir al carruaje, conduciéndolas despues á su nueva y suntuosa vivienda, donde por largos años pasaron una vida muy feliz, siendo siempre su mayor placer socorrer al desgraciado y practicar todo el bien que á su alcance estaba.

El que con tierna bondad  
Socorre al necesitado,  
Del cielo se ve premiado  
Por su santa caridad.

## LAS LANGOSTAS Y EL DIAMANTE.

### ANÉCDOTA MORAL.

Estamos aquí en el mundo para probar nuestra constancia y nuestra fe, y para expiar nuestras faltas, que, por buenos que seamos, son muchas y frecuentes. Debemos, pues, sufrir con la mayor resignacion las penas y trabajos que

Dios nos envíe, que de todos modos esta resignacion tarde ó temprano obtiene recompensa.

Sucede á veces que cuando estamos más afligidos y sin esperanza de auxilio, un azar, siempre conducido por la Providencia, viene á darnos consuelo. Muchos ejemplos hay de esta verdad. Voy á presentar uno de ellos á los jóvenes lectores de esta Revista.

Hace unos cuantos años que una nube de langostas venidas del desierto, atravesando el Atlas y dirigiéndose hácia el Norte, asoló los campos de la Argelia, haciendo desaparecer como por encanto los frutos, las flores y hasta las hojas de los árboles, sin dejar ni vestigios de vegetacion. Aquello era la imagen de la desolacion. Los propietarios y labradores quedaron en la mayor miseria, malogrado el fruto de sus fatigas.

Entre los muchos colonos españoles que habia y aún hay en aquella posesion francesa, se contaba el honrado Gaspar Ferragut, natural de Mahon en la isla de Menorca, con su mujer y seis hijos; desdichada familia que con aquella plaga de langostas perdió todo lo que habia sembrado en su campo y vió arruinado su huerto, sin medios para recuperarse de lo único que constituia su pequeña fortuna. En el primer momento se apoderó del triste mahonés la desesperacion, prorumpiendo en quejas lastimeras y diciendo por último que no le quedaba más recurso que tirarse al mar, que apacible y



murmurante besaba los linderos de la posesion devastada.

Extraviado Gaspar por sus pe-

roca que dominaba la ribera, cuando Lucía, su hija menor, preciosa niña de ocho años, echó á correr



Num. 4.

1

2

3

4

nas, olvidó que Dios es el supremo consolador y que no hay sino confiar en su misericordia: fijo en su fatal idea, se encaminaba á una

tras de él y cogiéndolo por las piernas y besándole las manos le dijo: «Papá, he visto una piedrecita muy mona entre otras feas y grandes



en el barranco del arroyo: he querido sacarla para jugar con ella y no he podido: ven á ver si tú la puedes sacar.»

El triste Ferragut ni siquiera oía á su tierna niña; pero tanto insistió ésta, tan tenazmente le tenía asido y tanto tiraba de él hacía el paraje en que habia visto el objeto de su inocente codicia, que logró que el padre la siguiese como maquinalmente; que si sus oídos estaban como sordos, el eco de la dulce voz filial siempre hace vibrar, mal nuestro grado, las cuerdas del sentimiento paterno. Era aquella ocasion la voz filial, era tambien la voz secreta de Dios.

Lo primero que vió Gaspar en el barranco fué una cavidad producida por un hundimiento del terreno, y en la cual habia claros vestigios de una antigua sepultura de un musulman de calidad, y entre aquellos vestigios, entre piedras labradas y huesos humanos se veia brillar un grueso diamante.

Gaspar, aunque labrador holgado, nunca habia tenido diamantes; pero los conocia bien de verlos con frecuencia en los adornos de las jóvenes judías que acudian los sábados á la sinagoga de Argel. Por eso en cuanto vió aquella preciosa piedra exclamó: «¡Virgen santa! ¡Un diamante en mi heredad! Porque este barranco pertenece á mi heredad. Dios es el que en mi gran quebranto me envia este tesoro.» Al decir esto, sin grande esfuerzo desprendió la joya de donde se ha-

llaba como aprisionada, y se la guardó.

Lucía se entristeció, y como nada de aquello comprendia, insistió en que su padre le diese el ansiado juguete. Entónces éste le dijo: «No te aflijas, vida mia, que yo te daré cosas que valgan para tí mucho más que esta piedrecilla. Te compraré un vestido muy majo, zapatos nuevos, dulces y juguetes muy bonitos, y tambien á tus hermanitas.»

Lucía, que estaba muy bien criada, se conformó, y como su padre nunca la habia engañado, su linda boca se abrió á una placentera sonrisa, el gozo iluminó sus hermosos ojos negros, y saltando y retozando tomó con el padre el camino de la casa, deseosa de contar la buena nueva á su madre y hermanas.

Aquella se encontraba resignada como buena cristiana, aunque triste, y pedia á la sazon afligida á la Virgen María pan para sus hijos, consuelos al dolor de su pobre marido.

Como se ha visto, sus ardientes plegarias fueron escuchadas. El hermoso diamante fué vendido á un judío muy rico, y con su importe, no sólo hubo para reparar las pérdidas causadas por la nube de langostas, sino para socorrer en parte las de algunos vecinos y amigos que tambien habian quedado en la miseria.

No hay que decir que la linda Lucía y sus hermanas y hermanos participaron de la dicha general.



Todos los de la casa fueron á la hermita vecina á dar gracias á Dios por el beneficio recibido y todos fueron con hermosos vestidos nuevos.

El padre, al volver, quiso contemplar un rato aquellas orillas del mar donde tuvo sus siniestros pensamientos, y contempló allí la belleza del paisaje y las maravillas de la creacion, prorumpiendo en estas palabras: «¿Cómo he podido imaginar alguna vez que quien ha hecho ese cielo tan hermoso, las profundas aguas, la tierra con todos sus encantos, habia de dejar morir de hambre á mis pobres hijos? ¡Cuán culpable he sido en tener un momento de duda y de desesperacion! ¡Perdon, Dios mio, perdon, y gracias por vuestras bondades infinitas!»

En adelante se propuso el buen Gaspar Ferragut no recaer en su falta de fe, y lo cumplió, viviendo en paz con su conciencia y en el seno de su buena familia.

M. M. C. DE R.

## LOS ANIMALES.

### EL BUEY Y LA VACA.

Hé aquí un animal que es muy útil, y el cual nos haria mucha falta si no lo tuviéramos.

En muchos países el buey es el que tira del arado,

Con su carne pone vuestra mamá el puchero, para haceros luégo una buena sopa.

Con su piel curtida se hacen una infinidad de cosas.

La vaca da leche para hacer café ó sopa.

Para hacer manteca y queso, que tanto os gusta.

¡Qué dichosos somos en tener unos animales tan útiles!

¿Qué sería de nosotros si no tuviéramos ni carne ni leche, ni manteca ni queso, ni estiércol con que abonar los campos que dan el trigo con que se hace el pan?

Debemos, pues, quererlos y cuidarlos mucho.

Si teneis una vaca, llevadla al campo y cuidadla mucho, que ella os dará buena leche.

## LOS NIÑOS DESOBEDIENTES.

Esos dos niños que viven en una casa de campo, en Galicia, tienen el defecto de ser poco obedientes. Su madre les estaba diciendo siempre que no se alejasen mucho de la casa hácia la montaña, porque allí hay lobos y les podria suceder un trabajo. No les ha sucedido afortunadamente, pero buen susto pasaron al ver asomar en lo alto de la montaña la cabeza de un lobazo tremendo. A escape volvieron á su



casa, tan agitados y conmovidos como pueden Vds. suponer.

Su madre, que sabe que el lobo no era lobo, sino un perro de ga-

## SISIF.

Era en los tiempos en que las hadas y los genios se paseaban por



Los niños desobedientes.

nado, se alegra mucho de que los chicos hayan sufrido tan tremendo susto, porque así espera que no volverán á ser desobedientes.

el mundo, ocupándose del porvenir de los niños, y dotándoles, ya con belleza, virtudes ó riquezas, á ménos que algun mal intencionado les prodigára la desventura, la



fealdad ó la pobreza, en cuyo caso siempre habia la esperanza de que más tarde otro genio más poderoso pudiera destruir el maleficio.

Un comerciante de Bagdad deseaba vivamente tener un heredero que pudiera disfrutar algun dia el mucho dinero que él ganaba á costa de mil trabajos y privaciones.

Sin duda el cielo escuchó sus plegarias, porque un hermoso dia de primavera se encontró con una niña encantadora, la cual colmaba todos sus deseos.

Como era costumbre, acudieron los genios y las hadas, y rodearon la cuna de la recién nacida.

Quién la dotó con la hermosura, quién con la bondad, el otro con el talento, aquél con buen corazon, y ya estaban para retirarse prometiendo á la niña todas las felicidades de la tierra, cuando la hada Azul exclamó:

—Hemos repartido todos nuestros dones, olvidando el principal.

—¿Cuál es? preguntaron todos.

—Las riquezas.

—Su padre el buen Muza es rico.....

—Sí; pero lo que no sabeis, es que el dia en que Muza abandone este mundo, su hija quedará reducida á la mayor pobreza.

—¿Y nada podemos remediar ya?

—Nada; pero ya que somos los causantes de su desgracia por no haberla dotado con la fortuna, á

lo ménos yo daré á la pobre Amina un compañero que la ayude á sobrellevar su desventura.

Apénas pronunció el hada Azul estas palabras, cuando entreabriendo su cuarto, salió un precioso conejo blanco, el que puso sobre la cuna de Amina.

El animalito meneó las orejas, estiró una pata, alargó el cuello y tendió una mano á la niña.

—Pues no hay duda, exclamó el comerciante amostazado, que concedes á mi hija un buen apoyo.

—Muza, el sér más insignificante suele sernos á veces el más útil, contestó la hada: tu hija tendrá en ese inofensivo animal el pedestal de su fortuna; yo te lo aseguro.

Y seguida por su corte de geniecillos y hadas, desapareció majestuosamente.

Amina, cual si hubiera comprendido la importancia del dón que la habian hecho, manifestó por el gracioso animal la mayor predileccion, mucho más cuando era tal su inteligencia que ejecutaba las mayores habilidades, distinguiéndose sobre todo en tocar la pandereta con dos palillos, y el tambor, en caminar en dos patas, en hacer el cojo, y sobre todo en obedecer ciegamente á su ama, á la que seguia por todas partes cual si fuera un perro.

Amina rodaba por el suelo y le acariciaba, sin que jamas se impacientára, y durante la infancia de la niña no tuvo ésta otra diversion ni otros juegos que no fueran com-



partidos con el sabio, como le llamaban.

Pasaron los años, y habia cumplido la niña once cuando una noche oyó un ruido espantoso como de una lucha, y poco despues vió entrar á dos hombres de aspecto feroz y con un cuchillo ensangrentado en la mano.

—¿Asesinarémos á la hija como hemos hecho con los padres? se preguntaron.

—¿Para qué? Tal vez pueda servirnos; acaba de recoger lo que haya, y prendamos fuego á la casa para que el incendio sea nuestro cómplice y á él se culpe de todo.

Uno de los ladrones se acercó á la niña, que estaba helada de terror, y la quiso tomar en brazos.

—Por Dios, señor, le dijo, dejadme llevar á lo único que me queda en el mundo.

—¿Has escuchado lo que hemos hablado? Pues cuenta con ello, porque á la menor palabra irias al otro mundo á contarlo.

—No, no; yo no diré nada, lo juro; no me mateis.

—Pues vamos, carga con ese bicho, y andando.

Y aquel hombre sacó á la infeliz Amina, y por sitios extraviados la condujo hasta una caverna, miéntras que el fuego consumia todo lo que la habia pertenecido.

En la cueva encontró á una horrible vieja, guardiana y ama de gobierno de los foragidos, la cual, seducida por la hermosura, y sobre todo por el buen carácter de

Amina, y las gracias y juegos de Sisif, nombre que la niña daba al conejo sabio, templó la acritud y el mal humor que siempre la acompañaban.

Por eso la dulzura es el medio principal para conseguir todo cuanto podamos desear, y con ella se doblega al corazon más malvado.

Sisif contribuyó, y no poco, á que los ladrones depusieran tambien su ferocidad, y las habilidades del animalito hacian asomar la sonrisa á sus labios, llegando el caso de que les sirviera como un perro, y fuera á buscar en el bosque todo cuanto le mandaban.

Amina, sin embargo, sufria mucho viéndose en aquella cueva y en la compañía de los asesinos de sus padres, encomendándose con todo su corazon á Dios, y pidiéndole que la ayudase y la socorriera para salir de allí.

Cuando un niño es tan bueno como lo era Amina, el cielo oye sus plegarias y siempre le recompensa de sus amarguras, sobre todo viéndole tan resignado con su suerte y poniendo toda su confianza en Dios.

Amina era tambien muy laboriosa, y habia aprendido á bordar primorosamente, y no parecia sino que una de aquellas hadas que presidieron á su nacimiento la prestaban sus maravillosos dedos, y ya várias veces habian vendido los ladrones algunos bordados de la niña, que con razon sorprendieron á la reina de aquel país, quien los hizo comprar.



Un día se encontraba sola en la cueva; los ladrones se habían marchado hacia una semana, y la vieja, confiada en la niña, salió, aprovechando su ausencia, encaminándose á la ciudad para comprar algunas frioleras.

Recorriendo las lóbregas habitaciones, seguida por su fiel Sisif, llegó á una en la cual encontró mucho oro amontonado, muchas joyas y varios trajes.

La vista de aquellos objetos despertó en Amina el deseo que hacia tiempo que abrigaba de escaparse de aquella horrible cueva. Por un momento, la niña pensó en que con algun oro y algunas joyas que tomara de aquéllas, podría vivir un cuanto tiempo, pero desechó aquella idea, porque comprendió que al fin era un robo, y que mancharía su mano con lo que provenia de un crimen.

Vistióse, pues, el traje que encontró más adecuado y continuó buscando el medio de salir al campo.

Al extremo de un corredor vió una pequeña claridad, se acercó, era una abertura cubierta por abrojos y malezas, pero por la cual fácilmente podia salir la niña.

¡Qué alegría la suya al encontrarse en el campo!

Corrió apresuradamente temiendo que la vieja pudiera volver de un momento á otro, y seguida por Sisif, llegó á un bosquecillo en donde encontró las paredes de una casucha medio arruinada; entró, y como áun quedaba un resto de ha-

bitacion, determinó permanecer en ella.

Ya tenemos á Amina, lectores míos, sin más apoyo, más compañía, ni más riquezas que Sisif, algunas provisiones que habia tomado en la cueva, y unos pocos utensilios para bordar, que era su pasión favorita.

Como la necesidad carece de ley, tuvo que buscar el mejor medio para recogerse aquella noche, pensando dónde y cómo podría procurarse al día siguiente el sustento.

Cuando abrió los ojos vió á Sisif jugando con algunas frutas, que sin duda él habia recogido, y con dos pajarillos, que habia cazado para su ama.

La niña dió gracias á la Providencia, y entónces comprendió que el regalo de la hada no era tan insignificante como sus desgraciados padres habian creído.

Durante muchos días Sisif proveyó á todas sus necesidades, y todavía fué mayor su asombro cuando una tarde oyó que la decia:

—No tengas cuidado, ama mia, que aunque pequeño, si no por la fuerza, por la astucia y por el ingenio, te ayudaré en todo; acaba de bordar ese precioso pañuelo y yo se lo presentaré á la Reina; no te asombres, pues la hada Azul me ha dado la facultad de pasar por todas partes sin ser visto y de hablar cuando es necesario.

Efectivamente, apenas Amina acabó su obra, cuando Sisif la tomó con la mayor delicadeza y desapareció,



Durante dos dias la niña aguardó en vano á su compañero, pero al tercero le vió aparecer dando brincos de alegría, y que saltando sobre sus rodillas la dijo :

La Reina está loca de contento y ya verás cuáles serán los resultados.

Amina más que nunca dió gracias á la divina Providencia ; la dulzura de su carácter no se alteró en la desgracia, y pasaba los dias ocupada en el trabajo y sin ambicionar nada más.

Un dia en que habia salido y contenta escuchaba el canto de los pajarillos y alcanzaba algunas frutas y recogia cuidadosamente la hierba, para que, una vez seca, la sirviera de mullido colchon, oyó un gran ruido de caballos y ladridos de perros, viendo llegar casi sin aliento á Sisif, quien la dijo :

—He logrado que me persigan los perros del Rey y de la Reina, y seguidos de toda su corte vienen hasta aquí ; toma, siéntate y ponte á bordar.

Amina obedeció, y cuando desembocaron en aquel sitio los cazadores, se sorprendieron al encontrar á una hermosa jóven bordando y Sisif acostado á sus piés.

—¡Qué veo ! exclamó la Reina, ese animalito es el que con frecuencia me presenta en palacio bordados primorosos y perfumados ramilletes ; ¿ es tuyo, bonita niña ?

—Sí señora.

—¿Y tú eres la hábil bordadora ? ¿ cómo vives aquí ?

Amina contó su historia con tal

sencillez y gracia, que todos se interesaron por su suerte, empeñándose la Reina en que la acompañase á Palacio.

Como la belleza de la niña igualaba á su modestia, y sus virtudes á su bondad, pronto fué admirada y querida, sin que esto la enorgulleciera, ni alterase sus costumbres sencillas y laboriosas.

La Reina tenía un hijo, heredero del reino, el que repentinamente se vió acometido de una grave dolencia, hasta el punto de que temieran por su vida.

Amina, era el consuelo y la constante enfermera, caritativa, dulce y incansable.

Sus lágrimas corrían y se lamentaba de la desgracia que amenazaba á sus protectores, cuando Sisif fué, como siempre, el instrumento de un nuevo prodigio.

Una noche se presentó delante de Amina con un paquete de hierbas y la dijo :

— Dale al enfermo estas hierbas en un cocimiento y se ha salvado.

La Reina dudaba, pero Amina la persuadió diciéndola :

— Señora, este animalito es tan sabio que no puede temerse se equivoque.

Efectivamente, el enfermo empezó á mejorar, y dos dias despues estaba en salvo.

Sisif, podeis creer, lectores míos, que fué el héroe, y para recompensar las virtudes que resplandecían en su ama, decidió la Reina casarla con su hijo, elevando á Sisif al



cargo de consejero, por su buen criterio y juiciosas cualidades.

¡Cuántas veces, como en ésta, el más humilde es el más útil y el menos exigente!

Amina fué siempre buena y sencilla y jamas olvidó que la dulzura la habia granjeado las simpatías de los malvados y de los buenos.

La Baronesa de Wilson.

## MODAS.

### Explicacion del grabado núm. 1.

1. Vestido de hilo crudo; un ancho volante de treinta centímetros adorna la parte de detras, la parte de delante sólo tiene quince centímetros de ancho; un rizado de lo mismo y un bias cubre la pegadura, un lazo de tres hojas adorna el principio del volante por arriba y otro en el centro donde empieza el volante estrecho, polonesa de tafetan negro muy larga por detras y recogida formando puf, manga entre ancha con vuelta grande, escote en forma de corazon, berta figurada por un fleco de seda, otro algo más ancho rodea toda la polonesa; sombrero de paja gris con flores y cintas.

2. Niña de cinco á seis años; falda y chaquetilla de sedalina azul serpiente, segunda falda de tafetan blanco plata, tres cintas

del mismo color que el vestido, formando una ancha trenza; va fija en el costado derecho y rodea la falda por delante pasando por debajo en la parte de detras; vuelve á parecer por el costado derecho y unida con un corchete interior por debajo del lazo en el talle.

Sombrero de paja de Italia con plumas blancas y azules.

### Explicacion del grabado núm. 2.

1. Niña de cuatro á cinco años; vestido de tafetan azul, la segunda falda va adornada por un ancho bias de raso del mismo color con cabecilla rizada á uno y otro lado, cuerpo alto, berta de raso, manga entre ancha con bullon en la parte de arriba, zapatitos de cabritilla.

2. Jovencita de quince á diez y seis años; vestido de lienzo fino color de cuero forma princesa con cordones al lado izquierdo y cinturón con hebilla de nácar, manga entreancha con un rizado figurando vuelta.

3. Niña de siete años; falda y polonesa de piqué blanco, segunda falda de piqué gris recortada á picos y adornados éstos, con cintas de piqué blanco.

4. Niño de ocho años; pantalon y chaqueta de paño céfiro gris hierro, ribeteado con un galon de seda negra muy ancho.

5. Niño de cuatro á cinco años; blusa y pantalon de cachemir



blanco con cuello marinero de gro azul.

6. Niña de once á doce años; vestido de popelina de seda color de malva, adornada la falda con tres cintas de terciopelo del mismo color, cuerpo alto, escote muy abierto dejando ver camiseta de muselina alta á pliegues menudos, cinturón con broche de nácar, mangas con volante rizado, botitas color de malva.

7. Niño de seis años; blusa y pantalon de diagonal de hilo gris claro.

8. Niño de dos años; túnica de piqué blanco festoneado, chichonera de paja blanca y caída azul.

#### Explicacion del grabado núm. 3.

1. Traje de baile: vestido de faya color gris perla, falda de cola adornada con un volante á ondas rodeadas de un bias de terciopelo negro, túnica redonda por delante y en grandes picos por los costados, lazadas de terciopelo negro y rosas amarillas, la recogen en ambos lados; cuerpo de escote cuadrado adornado con una berta ondeada como el volante, manga corta y bullonada, cinturón de terciopelo negro con lazo corto detras y una rosa. Peinado alto prendido de rosas amarillas con larga caída, zapatos de seda gris á lo Luis XV.

2. Niña de ocho á diez años; vestido de sedalina color de rosa con tres volantes de doce centime-

tros de ancho. Túnica de gasa de Chambery del mismo color que el vestido, banda cinturón muy ancha de faya color de rosa y blanca, zapatos de seda blancos con lazo color de rosa, y el pelo en rizos.

3. Traje de tarlatana blanca; el bajo de la falda va adornado con un ancho volante puesto á frunce, dos cintas de terciopelo negro de dos centímetros de ancho colocadas á seis centímetros de distancia en la parte superior forman bullón y cabecilla; otras tres cintas con lazos dobles en los extremos forman delantal; por detras, segunda falda rizada y levantada con lazos de terciopelo negro, cuerpo escotado con berta formada por rizados de tarlatana y cinta de terciopelo negro, peinado de bucles y rizos, zapatos de satén blancos.

#### Explicacion del grabado núm. 4.

1. Niño de seis á siete años; blusa y pantalon corto de cachemir gris muy oscuro, el pantalon va adornado en la costura de los costados con botones de plata anti-gua, la blusa cerrada de arriba abajo por delante, con botones iguales, faja-cintaron ancha de seda azul, sombrerito de paja.

2. Niña de nueve á diez años; vestido de fular color de rosa con tiras de terciopelo de color más fuerte, y rizado; cuerpo alto



adornado por delante con tiras y rizados como los de la falda, pero colocados en forma de corazon, manga entre ancha con un ancho volante; sombrero de paja blanco de estrecha y alta copa, apuntada el ala en un lado y adornado con una pluma blanca y cintas rosa, botas color de rosa.

3. Niño de dos á tres años; vestido de piqué blanco adornado de botones y lazos azules, medias blancas y azules.

4. Niña de diez á once años; falda de batista color salmon, un ancho volante cortado al bies adorna el bajo de la falda en la pegadura del volante, un rizado de la misma tela y un lazo de moaré del mismo color de cuando en cuando, casaca polonesa de faya gris perla forrada de batista como la falda, vueltas las puntas de los costados hácia atras y sujetas con lazos de moaré, manga entre ancha con rizado de batista y lazo, sombrero de paja blanco, adornado con flores y cintas del color de la falda.

#### EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

1. Niño de cuatro á cinco años; falda muy corta de fular encarnado, cuerpo de lo mismo con manga larga entre ancha, túnica de sedalina azul gris sin mangas, cinturón muy ancho de gro encarna-

do, sombrero de paja gris con cintas encarnadas y pluma blanca.

2. Niña de seis á siete años; vestido de tafetan azul, túnica de fular gris claro, adornada en las mangas con tafetan azul, botitas de cabritilla gris.

3. Niña de nueve á diez años; vestido de hilo verde bronce, en el bajo ancho volante montado á pliegues y cabecilla, túnica fruncida á los lados y levantada por detras, cuerpo alto liso, manga ajustada, cinturón con hebilla grande, esclavina carrik de seda forrada y adornada de seda blanca; sombrero de paja, forma Rabagás, adornado de cinta lila y pluma del color del vestido.

4. Niña de siete años; vestido de fular color Habana, dos volantes de ocho á diez centímetros de ancho adornan la falda; dos cintas de terciopelo de tono más oscuro á poca distancia una de otra. Polonesa corta por detras, abierta y redonda por delante con dos largas puntas á los lados, adornada toda alrededor con un volante y dos cintas, manga un poco ancha adornada del mismo modo, sombrero de paja marrón con cintas del mismo color; botitas de satén color marrón.

5. Niño de nueve años; pantalon y chaquetita larga de hilo color de flor de acacia, adornado todo con una cinta de terciopelo negro, sombrerito de paja; botines de hilo gris hierro.



ANUNCIOS.

# LOS NIÑOS.

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO,

DIRIGIDA POR

DON CÁRLOS FRONTAURA.

Se acaba de publicar el tomo VII con muchas láminas; 24 rs. en Madrid y 30 en provincias.—Los tomos anteriores al mismo precio.

CONSEJOS Á LAS MADRES PARA CRIAR BIEN Á LOS NIÑOS,

por el sabio Dr. Donné.

Un tomo de 300 páginas, 8 rs. en Madrid y en provincias.

CUENTOS DE SALON

POR

GUERRERO Y FRONTAURA.

TOMOS PUBLICADOS.

Tomo 1.<sup>o</sup> *Una perla en el fango*, por Guerrero.

— 2.<sup>o</sup> *Brigida*, por Frontaura.

— 3.<sup>o</sup> *La camelia y la mariposa y una Historia de lágrimas*, por Guerrero.

— 4.<sup>o</sup> *La doncella del piso segundo*, por Frontaura.

— 5.<sup>o</sup> *El vellocino de oro y Fea y pobre*, por Guerrero.

— 6.<sup>o</sup> *La maldita vanidad*, por Frontaura.

— 7.<sup>o</sup> *Madrid por dentro*, por Guerrero, primera parte.

— 8.<sup>o</sup> *Madrid por dentro*, — segunda parte.

— 9.<sup>o</sup> *El hijo del sacristan*, por Frontaura, primera parte.

— 10. *El hijo del sacristan*, por — segunda parte.

— 11. *La manzana de la discordia y el Sueño de felicidad*, por Guerrero.

— 12. *Las madres*, por Frontaura.

— 13. *Anatomia del corazon*, por Guerrero, primera parte.

— 14. *Anatomia del corazon*, — segunda parte.

— 15. *El matrimonio*, pleito en verso entre Guerrero y Sepúlveda, entendiéndose en él como jueces y letrados, Hartzenbusch, Hurtado, Arnao, Trueba, Aguilera, Serra y Frontaura.

Cada tomo 4 reales en Madrid y 5 en provincias.

Todas estas obras en la Administracion de Los Niños y de La PRIMERA EDAD: Plaza de Matute, 2, Madrid.

---

MADRID, 1873.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de ARIEBAU y C.<sup>ta</sup>, sucesores de RIVADENEYRA.—Calle del Duque de Osuna, núm. 3.